

## TRIBUNA ABIERTA

## A más risa, ¿más sabiduría?



**POR ANTONIO  
NARBONA**

Está claro que el gracejo y el (in)genio no están vinculados a la geografía y que no cabe sostener en serio que la risa haga a los andaluces más sabios

AUNQUE los aforismos sobre algo tan específicamente humano como la risa suelen carecer de autoría conocida, a Plinio el Viejo —militar romano del siglo I de nuestra era y autor de una 'Historia Natural' que casi podría considerarse la primera enciclopedia— se viene atribuyendo el de «a más risa, más sabiduría». A los andaluces interesa especialmente saber lo que de cierto hay en tal sentencia, pues el sambenito de ser gracioso[s] (o 'grasioso' o 'gracioso') es asociado por muchos a otro tópico, el de su (mal) hablar. Sin respuesta queda la pregunta acerca de por qué son (¿cuántos y quiénes?) «mal habla[d]o[s]» (a menudo sólo salen a relucir unos pocos rasgos de pronunciación), y ni suele plantearse la cuestión de en cuál de las muchas clases de risa encajaría la que provocan los supuestos fallos de expresión.

No sé si los andaluces (¿todos?) se ríen y/o hacen reír más que (los) otros hablantes de español, pero está claro que el gracejo y el (in)genio no están vinculados a la geografía y que no cabe sostener en serio que la risa los haga más sabios. En las más de 600 páginas de 'Que usted lo pase bien' (Sevilla, 2021), de mi amigo J. J. Ruiz, hay tantos chistes de vascos como de andaluces, y no muchos menos de gallegos o catalanes. Y en 'El gran libro del humor español' (Barcelona, 2022), de J. Rubio, en que desfilan desde Jardiel Poncela y los colaboradores de 'La Codorniz', hasta Pepe Rubianes (que se definía a sí mismo como «galaico-catalán») y los humoristas agrupados en los Chanantes (casi todos manchegos), no aparecen muchos de Andalucía.

Desde luego, no procede ligar la gracia a nociones imposibles de definir, como la de 'economía' lingüística. No consigo entender por qué una grabación en la que un 'chistoso' pondera las muchas ventajas que en un ascensor tiene decir «pabahodertó» 'para abajo del todo' (por cierto, pa[ra] y tó[do] se oyen igualmente fuera de la región andaluza) sobre el conciso «al [piso] bajo», suscita la carcajada durante casi diez minutos. Menos me hace reír el leer en un diccionario del habla [sic] sevillana que con ca se 'resuelven' hasta tres 'sentidos' distintos: an ca Manué, ca uno eh ca uno y ¿ca disho? (con su plural: ¿can disho? '¿qué han dicho?'). Nada tiene que ver con el humor que, en la propia lengua de Plinio, con la respuesta de una sola vocal, l've[te]: alguien ganó el concurso de quién era capaz de acuñar el enunciado más breve, o que en español —escrita y— baste para cuestionar el significado intencional de toda una intervención previa: «¿Tú sabías que tu hija está saliendo con...? —¿¡Y! En una entrevista radiofónica, se preguntó a quien había llegado a ser la primera hermana mayor de una cofradía sevilla-

na si las mujeres trabajan más que los hombres, a lo que respondió: «Yo sólo digo que no descanso más que en agosto... y ¡Y!». Con la (doble) conjunción copulativa —que, según los gramáticos, no puede actuar como 'cierre'— y una peculiar entonación, clausuró de forma contundente la conversación, y ningún oyente tomó a broma sus palabras.

Nadie puede estar en contra de la (son)risa, ni siquiera la que, en cenas interminables, termina siendo una agotadora reacción —educada y forzada— a las ocurrencias del charlatán de turno ya oídas en innumerables ocasiones. Pero no hay lenguas más 'graciosas' que otras. En cualquiera, el humor puede plasmarse como superficial chacota, vulgar 'cachondeo' (o 'pitorreo'), mero 'estar de coña', burda 'mofa', 'payasada' o 'bufonada' más o menos banal o histriónica, etc., pero también en fina y aguda ironía que penetra en la inteligencia y la ensancha. Y todas pueden servir igualmente para el escarnio, con que se puede llegar a hacer llorar.

Para comprobar que no por reírse más se es más sabio, basta observar cómo unos andaluces, con escaso juicio, se mofan de hábitos articulatorios (del ceceo, por ejemplo) de otros tan andaluces como ellos. Ninguna razón para sentirse 'orgullosos' tienen quienes se valen de expresio-



ABC

nes (que creen) 'exclusivas' de su pueblo o comarca. Y si bien las letras de las chirigotas gaditanas tienen fama de ser el paradigma de la crítica original y de calado, por alguna de ellas cierta agrupación ha tenido que salir del Teatro Falla escoltada, los autores de otras han acabado siendo objeto de demanda por difamación, injurias y calumnias, y no pocas, aparte de desconcertar a los que no pertenecen al estrecho y cerrado círculo en que surgen, pasan sin pena ni gloria por su contenido inane, como esta que de pronto me ha venido a la memoria: «¡Cómo zopea la carne'n zarza, cómo zopea! y cuando eructa ehta, no te vea, noh acordamo de la berrea». Toda una 'joya', vamos.

Así que, si bien la risa siempre es sana, estoy seguro de que Plinio el Viejo pensaba en la que brota de la chispa iluminadora que enriquece el entendimiento y acentúa la cordura. Y eso, ni pertenece en exclusiva a ninguna lengua o variedad idiomática, ni está al alcance de cualquiera.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO  
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA